

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, abril de 1955

Núm. 1034

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción

Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

Muralla, 7- 1.º Telf. 3988

G I J Ó N

La Sombra de Jairo

CASI corría Gabriel cuando llegó a su casa. Había tenido que abrirse paso con violencia entre la muchedumbre que llevaba rumbo contrario al suyo, en aquel soleado atardecer de Jueves Santo. Apretadas en sus manos iban las medicinas que acababa de comprar. Penetró en su cuarto. Su mujer estaba— como ya tantos días, como ya tantas noches,— espíandole un gesto o un gemido en el cuerpo casi inerte de su hijito.

—¿Ha terminado la consulta?— preguntó Gabriel.

—Sí; se han ido ya.

—¿Qué han dicho?

Rompió ella en sollozos, desolada, al dar la respuesta.

—¡Que se nos muere, Gabriel! ¡Que sólo queda un milagro!

Se mezcló la ira con la pena en el pecho del padre.

—Pero entonces ¿qué saben esos hombres?— gritó—. ¿De qué les vale su ciencia? ¡Y son ellos los que hablan de un milagro...!

Pasó un momento, silencioso y exasperado.

—¡Un milagro!— prosiguió con sarcasmo—. Dios no se ocupa hoy de eso. Tiene bastante con recibir la adoración de la turba. —¡Un milagro! Aunque Dios existiera no tendría tiempo para pensar en nosotros.

—Gabriel:— Te prohíbo que sigas. Era ella la que había dado la voz imperativa; ella, la esposa dócil, sumisa, que se alzaba ante él por primera vez, dispuesta a todo. Nunca la vio así y el estupor fué, más que el mandato, el que impuso silencio a su boca.

—Te prohíbo que blasfemes— siguió ella, erguida y firme.— Día tras día has renegado de Dios y has empujado a los hombres contra Él. Ni mis ruegos ni mis lágrimas te han contenido, y mi vida ha tenido ese dolor. Yo soy débil y torpe; tú tienes firmeza y talento. He cedido siempre, siempre, mas ahora, cuando llega el castigo que tanto temí, cuando ese ángel se nos va, te prohíbo que blasfemes. ¡Por tí se me muere mi hijo!; tú me lo matas.

Estaba exaltada y frenética. Gabriel recibió la acusación como un zarpazo que le desgarrara el pecho.

—¡Mujer! ¿Tú sabes lo que dices? Por darle la vida sería capaz de todo.

—¡Mientes! No eres capaz de pedirselo a Dios.

Gabriel quedó un momento suspendido. En seguida contagiado por aquel vértigo desesperado exclamó:

—¡También de eso! Quiero ir hacia Dios: llamarle para que venga a mí o me deje llegar hasta Él. Creo en Dios porque no siendo Él, nadie me da ya el consuelo de una esperanza.

Rápido, sin aguardar una respuesta, salió de su casa. Desde el balcón, su mujer le vio ir calle abajo, perderse entre la gente.

II

Esta vez Gabriel siguió el mismo rumbo de la multitud y llegó hasta la Catedral. La procesión salía. Estaban ya en la calle la escuadra de la guardia civil, fieles con cirios y estandartes, y algunos de los pasos. Gabriel abrió camino brutalmente y entró en el templo. En el trasaltar estaban todavía los pasos últimos.

—Una túnica— pidió con energía—. Quiero llevar un paso.

Alguien que le reconoció, no disimuló el asombro.

—¿Usted?

Yo. Si Dios me rechaza o me acoge, nadie lo sabe.

Se vistió la túnica. El capuchón echóselo hacia atrás y quedó con el rostro descubierto.

—¡Preparados!— mandó una voz.

Fuó hacia uno de los pasos. Los portadores, jayanes fornidos, cambiaron guiños al verle.

—Mucho es esto para tí, muchacho— le dijo uno — Pronto te doblará.

Al impulso unánime quedó el paso cabalgando sobre los hombros. Sintió Gabriel algo como el chascar de los huesos, y un dolor finísimo atormentó su carne débil. Entre todos los encapuchados sólo Gabriel llevaba desnuda su cabeza. Hasta él llegaba el estupor de las gentes al ver al relapso hecho penitente. Notaba hundírsele la carne

bajo el peso enorme de las andas, y en sus sienes las venas sobresalían abultadas, mientras las golpeaba un latido cruento. En el paso, un Nazareno, rodeado de sayones, caía bajo el peso de la cruz. Hacia la divina cabeza abatida, hacia el cuerpo ensangrentado, fueron la mirada y la plegaria de Gabriel:

—Aquí me tienes: Te provoqué, te negué, y hoy mis fuerzas humanas, mi carne mortal, sirven para tu gloria. ¡Alzate, Señor, sobre mis hombros! Doy al aire mi frente, libre de velo de encapuchado. De cara al cielo blasfemé, Señor; de cara al cielo, te confieso. Todo te lo ofrendo. Rompo la obra de mi vida; rompo el molde que en mí mismo hice. Mañana han de denostarme mis amigos y seguidores, pero esa amargura de soledad que me aguarda y el escarnio y el desprecio que han de venir sobre mí no me abatirán ¡Caiga mi orgullo, Señor; caiga mi soberbia, puesto que así lo quieres, pero dame la vida de mi hijo que agoniza! Tú eres bueno y misericordioso, más si aguardas sólo el dolor para mí, yo me rindo y te glorifico con el castigo de mi cuerpo con la retractación de mi conciencia. ¡Mi hijo, Señor: dame mi hijo!

Fuó entonces cuando, entre el ardor de su frente y el velo de las lágrimas que enturbiaba sus ojos, Gabriel vio alzarse levemente la cabeza del Nazareno. Un gesto de angustia contrajo un momento la cara divina; en la frente se avivó el carmesí de la diadema sangrienta, y los ojos, dulcísimos y tristes, se posaron en los ojos del penitente. Dentro de sí— en su corazón, en sus sienes, no sabía dónde— escuchó Gabriel la respuesta de una voz inefable.

—Has venido... Tú eres de los que siempre están cerca de mí. No eres como aquellos tibios contra los que mi Padre lanzó anatema cuando habló a Juan en Pastos: Eres ardiente; lo has sido para combatirte. ¿Por qué tú mismo fuego no había de traerte? Vienes a mí y me das tu oración hecha fuego, hecha queja, hecha orgullo. ¿Por qué me inculpas de no ser bueno y misericordioso para contigo? ¿Por qué me inculpas de tener para tí sólo dolor? No. Yo doy siempre mi bondad y mi amor, pero vosotros sois ciegos. Sólo el dolor o atrae hacia mí. Yo soy el que llena de

peces las jábegas del pescador, el que convierte en vino el agua de los odres, el que multiplica los manjares para la multitud que le sigue. ¿Tú sabes cuántas veces he alimentado yo tu mesa y he abrigado tus carnes? Por ello nunca te acordaste de mí. Mas ahora, cuando el dolor te atormenta, vienes. ¿Quién te dice que antes no te llamé? Eres ingrato; ingrato, como todos. ¡Jerusalén Jerusalén, la que no oías la voz del profeta de mi Padre, que te vaticinaba la desolación! ¡Pueblo israelita que no supiste llegar fiel a la tierra prometida! ¡Ingratos que sólo cedéis al dolor!

—¡Señor!—balbució Gabriel—Yo no supe verte.

—Y, sin embargo—replicó la voz,—yo puse ojos en tu espíritu. Yo te di la inteligencia, que es don de dones. Allí donde los demás no me vieron, tú debiste verme. No te hice necio, sino de corazón sensible. El don de inteligencia te lo di para ver mejor que los demás, para comprender mejor que los demás. Pero se te llenó el corazón de soberbia, y en vez de conocerme, me negaste. ¡Humilla tu inteligencia fatua; humíllala, que hasta en tu plegaria de arrepentido se desborda el orgullo!

—¡Señor!—tornó a balbucir Gabriel: Soy culpable de haberte ofendido. Humilla y ciega mi corazón ensoberbecido. Mas ¿por qué, Señor, castigas mis culpas en mi hijo?

—Acaso para que conozcas el dolor que puede salvarte. Nadie sabe los designios de mi Padre. Piadoso fué siempre con los hijos de sus servidores. Los libró en Egipto de la plaga terrible de la muerte de los primogénitos y detuvo el brazo de Abraham. Mas vosotros ¿qué hicisteis de mí? Hijo de Dios era y me sacrificasteis; Hijo de Dios era y me disteis el dolor de la inmolación. Y tras ese dolor le dáis cada día el otro dolor del desprecio y el olvido. Bastó que los hombres le ofrecieran sus hijos para que no les dejara consumir el sacrificio y les premiara con largueza, inexahusta. Pero cuando me tuvisteis entre vosotros, no fuistéis piadosos para con El. Le disteis el dolor de mi crucifixión, el dolor de ver cómo mi Madre seguía desfallecida el sendero de gotas de mi sangre, a lo largo del camino del Calvario, para tener mi cuerpo muerto en su regazo. Y tanto sacrificio de Dios, que os entregó su Hijo, ¿cómo lo pagáis?, hombres, sino con la ingratitud?

Calló un momento la voz misteriosa. Gabriel fijó sus ojos en aquella frente animada, por la que ya se desprendía gotas de sangre, en aquellas pupilas llenas de tristeza.

—Entonces, Señor,—preguntó—¿mi hijo debe morir?

Le miraron los ojos divinos con grave fijeza.

—¿Y si así fuera, Gabriel?

Sintió Gabriel dentro de su pecho como si el corazón se le despedazara. Quedó sin fuerzas su carne rendida; una congoja le oprimió la garganta.

—Señor,—murmuró inclinando la

cabeza—si así ha de ser, hágase tu voluntad.

—Gabriel—murmuró entonces la voz—. Tú hijo vivirás.

No se dió cuenta de más. No se dió cuenta de cómo llegó al final de la carrera, de cómo algúen le quitó la túnica y le dió su sombrero, de cómo pasó entre la gente, tambaleándose. Sólo cuando llegó a su casa se le dispó el sopor, como la bruma bajo el sol. Salió a su encuentro la esposa, otra vez mansa, otra vez agobiada.

—Se nos muere, Gabriel; se nos muere.

—No. ¡Vivirál Me lo ha dicho Jesús.

Y fué tan vibrante el grito que salió de su pecho—confianza y dicha, claridad y creencia—, que la esposa no supo si, con el dolor de la muerte, entraba en el hogar el dolor de la locura.

III

Gabriel encontró, sobre la mesa de su despacho, un montón de cartas. Sabía lo que habían de decirle. Eran iguales a las que recibió el día anterior, a las que habría de recibir. Unas, de amigos que inquirían asombrados; otras, insultantes, preguntando el precio de la traición. Las separó con bondadoso desden. Tenía en el alma una fortaleza que nada humano podría ya quebrantar.

Su mujer entró, gozosa.

—¡Tenemos hijo, Gabriel! El médico, todos, están asombrados; ya no hay asomo de peligro. Hoy por la mañana se despertó, le hice unos mimos y se ha reído. ¡Si vieras cómo me ha sonado en el corazón esa risa!

Gabriel besó a su mujercita buena, dócil. Un zumbido lejano, un bordonero, llegó por el espacio. Eran las campanas de la Catedral, que daban la señal de toque de gloria. Mas distantes o más cercanas, las campanas de otras iglesias las siguieron. Y en el santo gozo triunfal de las lenguas de bronce, Gabriel creyó escuchar el sonido de la risa pura de su hijo, que Jesús le había devuelto.

Joaquín Adán

=====

=====

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

=====

—*Consummatum est.* Todo había sido cumplido. Las escrituras habían reflejado fielmente la verdad de unos acontecimientos que habrían de ocurrir:

Y de nuevo clamando con gran voz dijo:

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Y diciendo esto, inclinando su cabeza, entregó su espíritu.

Y al punto el velo del templo se rasgó, la tierra tembló, y los peñascos se hendieron. Y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de los santos, que reposaban—resucitaron.

Y el Centurión romano exclamaba aterrorizado: Verdaderamente, este hombre era el Hijo de Dios.

Es la tarde de un Viernes Santo. Los trabajos se han paralizado. La vida afanosa del hombre se ha detenido por unas horas. Parece que un silencio rodea las ciudades y los pueblos. La tragedia del Gólgota, repercute a través de los siglos como un remordimiento para todos. Sobre nosotros, sobre nuestras conciencias, suenan los versos de Alberto Lista como un anatema:

«Gemid humanos

todos en El pusisteis vuestras manos»

Es imposible eludir la tristeza y el ambiente que pesa sobre las almas. En esta tarde de Viernes Santo, la Iglesia nos llama; el luto nos impresiona. En el altar, un Cristo muerto, rodeados de paños negros y velas funerarias, nos recuerdan la tragedia. El Cristo nos atrae, nos lleva hacia sí, nos acercamos y un respeto muy hondo nos hace arrodillar y contemplar aquella imagen, que en la muerte tiene una gran majestad, y al contemplar su rostro, su cuerpo muerto en la cruz, hace brotar de nuestra conciencia una oración, una confesión, unas palabras que salen del corazón y llegan a nuestros labios llenas de emoción y llenas también de sinceridad:

—Señor, tú ya me conoces. La vida me obsesiona. Las ocupaciones me separan de Tí muchas veces. Poco tiempo te dedico durante el año. Y poco, muy poco pienso en Tí. He de madrugar. Aprisa he de ir a mi trabajo. Lleno de preocupaciones me paso el día entero. Después... es ya muy tarde cuando al mismo tiempo que voy dejando mis quehaceres, voy también agotando mis fuerzas diarias. Es muy tarde cuando me retiro al descanso. Y así siempre. Todos los días. La familia me lleva los pocos minutos del día que tengo libres. Los domingos, perdóname Señor. Tú ya lo sabes: también he de trabajar. ¡Qué más quisiera yo que ser libre ese día completamente! Pero no puedo... Tú lo sabes. Te lo he dicho muchas veces.

En este día de Viernes Santo, siempre vengo a hacerte un poco de compañía. A contarte mis inquietudes, mi apartamiento de Tí durante todo el año. La vida se ha puesto incómoda, molesta, apasionante. No deja tiempo para la vida espiritual. A veces, un pensamiento surge de momento para Tí. Sé que lo recoges, y al saberlo yo, siento un poco de alegría en medio de las preocupaciones del mundo. Pero hoy, vengo a Tí, como siempre, como todos los años, a decirte, que estos son los momentos más felices del año, ahora que estoy contigo, cuando sé que me estás oyendo y creo me perdonas el abandono en que te tengo. Creo no es culpa mía todo. La vida me arrastra y me roba todos los momentos, pero Tú, que estás en esa Cruz, con los brazos abiertos, siento tu mirada y me parece escuchar tu perdón. Yo pondré de mi parte cuanto pueda por venir a verte con frecuencia. Tú, Señor, no me abandones: dame tu gracia y tu misericordia... que la necesito.

El profeta Zacarías había vaticinado que los mismos que le habían de crucificar, le

habían de contemplar arrepentidos y dramaría sobre ellos espíritu de perdón y misericordia.

R.

A Cristo en la Cruz

Mi Dios, que enclavado estáis
por el ajeno delito,
en ese leño bendito,
y que inocente purgáis;
vuestra sangre derramáis
por salvarnos, generosa;
lave misericordiosa
mis pecados, buen Jesús:
seguir quiero vuestra Cruz
con fe ardiente y animosa.

Sin vuestro poder divino
nada soy, un ruin gusano;
me juzgo tan mal cristiano
que de Vos no me creo digno.
El ignorado destino
que me aguarda, es de temer
con mi torpe proceder,
pues siempre, ingrato, os ofendo
y jamás, jamás me enmiendo
porque no me sé vencer.

¡Señor! vedme sepultado
en la sombra del olvido...
mírame a tus pies rendido,
y ante tu Cruz postrado.
A este ser infortunado
tiende tu Diestra piadoso;
vuestro auxilio poderoso
sea mi norte y mi guía,
y a tu lado el alma mía
goce de eternal reposo.

Moisés García Fernández

La confesión judicial de Jesucristo

Muchas y graves imputaciones se lanzaron contra Cristo en las horas amargas de su Pasión, y de ellas, sólo dos, las que amontonaban sobre su cabeza mayores responsabilidades, fueron aceptadas y confesadas, con las fórmulas más solemnes, por el Santísimo Reo. El sumo sacerdote Caifás, presidente del Sanedrín, la más alta representación de la autoridad religiosa, le conjura para que diga si es el Cristo Hijo de Dios. El Gobernador Poncio Pilato, delegado del odiado y temido poder romano, le pregunta si es Rey. La confesión de la divinidad significaba para los obcecados judíos, sordos a las voces de los Profetas y ciegos a los portentos maravillosos de Jesús, la más horrenda blasfemia; declararse Rey era, según el satánico sofisma de los mismos judíos, la negación del César. Lo primero

había de estimarse el pecado más nefando; lo segundo, el más execrable delito, y tanto el uno como el otro llevaban aparejada la pena de muerte.

La pregunta del Pontífice, insidiosa y pérfida tocaba el punto principal de toda la causa; y es claro que podría eludirse, aun sin la infinita sabiduría del Redentor. Pero invoca aquél el nombre de Dios, y ante este soberano conjuro, por respeto al Santísimo Nombre, por reverencia a la dignidad pontificia; para quitar todo pretexto y excusa a la rebeldía judaica, Cristo, con toda precisión, con toda claridad, responde:

—Soy lo que tú dices.

Lo terminante de la respuesta podía autorizar al Concilio para jactarse de una sentencia estrictamente legal; y para destruir este subterfugio Cristo añade un documento preciosísimo que no sólo le absuelve de blasfemia, mas lo presenta acreedor a los honores divinos.

Jesús pudo contestar, como algunos meses antes a la legación del Bautista, señalando sus obras. Los enfermos curados, los muertos resucitados, los demonios arrojados, los pecados perdonados, las tempestades dominadas, las penas consoladas, demostraban evidentemente la virtud divina del obrador de tales prodigios; pero como la contumacia de aquellos jueces reclama otros argumentos, añade:

—Pronto me veréis sentado a la diestra de la virtud de Dios, como anunció el salmista, y viviendo sobre las nubes del cielo, como predijo David.

Como si dijese:

—No me habéis conocido cuando os predicaba manso, dulce y amoroso; me confesaréis cuando me veáis terrible y majestuoso.

Las turbas por los judíos capitaneados por los príncipes de los sacerdotes, doctores de la ley y ancianos del pueblo llevaron a Jesús ante Pilatos y le dijeron:

—Este dice que es Rey, y todo el que se proclama Rey niega y contraría al César.

El representante de la autoridad política, concretando en uno solo todos los cargos de que acusaban a Jesús, le pregunta escuetamente:

—¿Tú eres Rey?

Jesús contesta.

—Tú lo dices, que Yo soy Rey.

Y continúa:

—Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, ciertamente mis ministros pelearían para que Yo no fuese entregado a los judíos: mas ahora mi reino no es de este mundo.

Confiesa en verdad, su realeza; pero al mismo tiempo rechaza y condena todo lo que en ella pudiera estimarse de sedicioso. El argumento es patente:

—Todos los elementos e intereses que integran el imperio del César son intereses de este mundo. Sus leyes, sus tributos, sus ejércitos son cosas mundanas. Pero mi reino no es mundano: ni por su origen, ni por su naturaleza, ni por su fuerza es del mundo. Nada, por consiguiente, tenéis que temer, ni el César ni tú, de que Yo sea Rey.

Lo que más ennoblece y avalora las dos confesiones de Cristo es la razón y fundamento en que se apoyan.

—Yo—dice—para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio a la

verdad. Todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz.

Esto es:

—Sé que me espera una muerte de horror y de ignominia; pero sobre todos esos horrores e ignominias está mi sublime destino, mi divina misión, que consiste en testificar la verdad. Misión y destino que han de ser la característica de mi escuela, de mi sociedad, de mi reino.

Este testimonio de la verdad es la más gloriosa corona de la Iglesia de Jesucristo. En su doctrina, en su moral, en sus héroes, en su jerarquía, en su liturgia, en su vida toda es la demostración viviente de la verdad que ha venido del Cielo; de la verdad que ha purificado y sublimado la tierra, de la verdad que nos ha redimido.

Los espíritus frívolos, superficiales, despreocupados, como Pilato, no entienden este lenguaje, y, como aquel Gobernador, preguntan despectivamente, burlescamente: «¿Qué es eso de la verdad?» Y sin esperar la respuesta vuelven a sus ambiciones, a sus codicias, a sus sensualidades.

Miguel Sirvent

Canónigo Lectoral de Valencia

LA PASION

La pasión no ha concluído

Los personajes del drama santo prevalecen.

Caifás está todavía entre los hombres.

Pilatos se ha perpetuado.

Judas sigue vendiendo a su maestro por treinta monedas de plata.

La turba que pide la libertad de Barrabás queda todavía sobre la tierra.

La Pasión es la historia de la especie humana.

El mundo es el Calvario de la verdad, de la justicia y de la virtud.

Pero así como la sangre del Cordero divino no se borrará jamás de la tierra, la verdad, la justicia y la virtud serán eternas.

¡Jerusalén! Tú te has extendido por el mundo; pero al llevar tu iniquidad, llevas también la antorcha que ilumina la tierra.

Selgas

Comentando

Lejos de Dios

Lejos de Dios. Así parece que quiere vivir el hombre, a la sombra de la Cruz y la Cruz permanece ante nosotros como perenne recuerdo de un drama que fué una gloria. Lejos de Dios. El hombre se aleja de Dios, quiere perder de vista todo aquello que le recuerde a Dios, porque Dios tiene en su mirada un no sé qué de acusación que hiere nuestras conciencias.

Lejos de Dios. Y de El, huimos convencidos que la distancia nos hará olvidar nuestras historias negras. Diez Mandamientos que se exprimen como ácidos limones sobre nuestras conciencias, queremos que se hagan dulces en la lejanía de la presencia de Dios.

Odios, rencores, envidias, sensualismos, apetencias, todo se confabula contra nosotros, contra la paz y tranquilidad de nuestra alma, y queremos apartarnos de la mirada escrutadora de Dios, que nos acusa de un modo incontrovertible. Sin réplicas, nuestros labios para la acusación divina, huímos de ella como deseando apartarnos de un castigo merecido. Y queremos apartarnos de El, por temor a su mirada.

Y Dios va con nosotros a todos los sitios. No importa que queramos abandonarle; El nos sigue porque sabe que su presencia, nos es necesaria. Es nuestro freno y es nuestro perdón. Necesitamos de su mirada y de su misericordia, y El, no nos abandona, porque es el Padre celoso que tiene el cuidado de sus inxertos hijos.

Estos días luctuosos de la Semana Santa y de la Cuaresma, notamos más cerca de nosotros la presencia soberana de Dios. El nos habla más directamente a nuestros corazones; llena más de consuelos y de buenos deseos nuestras almas; nos conforta con el consuelo de sus sufrimientos y nos hace más grande el deseo y la esperanza de sus promesas. Entonces, es cuando nos damos cuenta per-

fecta de lo necesario que es para nosotros y para nuestras vidas su presencia. Nos vemos iluminados con la vivísima luz que irradian sus divinas llagas y su corazón lacerado, y sentimos ansias y deseos de ser mejores. Notamos, en una palabra, su presencia en nosotros.

Pero somos hombres. Y como tales nos dejamos abandonar de las cosas buenas. Dentro de pocos días, empezaremos, de nuevo, nuestra huida de la presencia de Dios. Y Dios seguirá en su empeño de acompañarnos a todas las partes, para ser traba de nuestras malas obras, recompensa

de nuestras bondades y perdón de nuestras faltas. ¡Qué poco comprendemos el corazón de Cristo! Todo El es pasión y muerte: empeño y afán por nuestras cosas; deseos ardientes de nuestro bien. Y nosotros, queremos ser ciegos voluntarios, voluntarios sordos y permanentes pecadores.

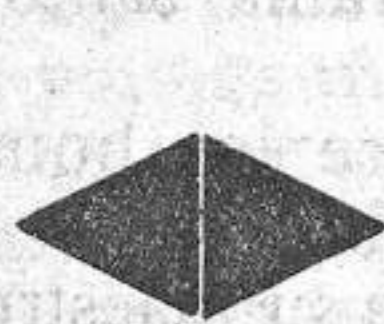
No queremos la presencia de Dios, pero ¡qué necesaria es para todas las cosas de nuestra vida! ¡Y lo que es más importante, para las cosas de nuestro porvenir eterno!

Hero

Donativos recibidos en esta Administración para el número extraordinario de este periódico, con motivo de sus BODAS DE ORO

Don A. R. P. - Gijón,.....	Pesetas	25
Doña Evangelina Rivero,	id.	5
Doña María Martínez,	id.	5
Doña María Coya,.....	id.	5
Doña Lourdes Fernández	id.	2
Doña Teresa de J, Martínez,.....	id.	5
Señorita Carmina Gancedo,.....	id.	5
Suma.....	Pesetas	52

Almacenes



Arbués

Covadonga, 27

**Materiales de Construcción
Material de "URTELLITA"
Planchas, Tubería, Depósitos**

Gijón

Teléfono 1817

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTÍN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)